ARTÍCULO DE OPINIÓN

Un viaje a Kenia: La comunidad como encuentro con el sentido y la dignidad

Carlos Aldana Mendoza- Coordinador Regional de Programas del
Centro de Investigación para la Prevención de la Violencia en Centroamérica

¡Jambo!

En los primeros días de octubre del 2018, Julio y yo tuvimos la maravillosa oportunidad de viajar a Kenia[1]. Para aprender y compartir esfuerzos y sentidos que, gracias a DIGNITY (Dinamarca), dos organizaciones de dos continentes distintos pueden ofrecer al mundo. Se trata de la organización MIDRIFT, establecida en el más grande valle del mundo, Rift, y que trabaja por los derechos humanos y la prevención de la violencia desde su sede en Nakuru, Kenia. La otra organización, a la que pertenecemos, es el Centro de Investigación para la Prevención de la Violencia en Centroamérica, CIPREVICA, establecida en Guatemala.

Durante más de una semana, los compañeros de Midrift no solo nos llevaron a conocer distintos lugares de su trabajo y de Kenia, sino que también nos permitieron comprender y aproximarnos a su realidad en general. Y con el paso de los días, fuimos sintiendo y descubriendo que ni la complejidad idiomática, ni los más de 14 mil kilómetros de distancia, eran motivo para no aprender unos de otros, y para no reconocer que compartir y aprender entre sí trae una buena noticia: juntos podemos fortalecernos en la difícil pero significativa lucha para prevenir la violencia en este mundo.

Por supuesto que existe diferencias en las formas como se muestran los problemas estructurales de ambos países, pero cuando se niega el acceso a derechos básicos, o cuando la vida se hace difícil porque la riqueza se concentra en pocos individuos en el mundo y la miseria se extiende a millones, ¿no se evidencia una globalidad de la injusticia, la indignidad y la exclusión? ¿Qué sentido tiene hacer centroamericano o keniano un problema de negación de derechos que en ambas realidades tiene lugar? La violencia, ¿no causa el mismo sufrimiento físico, moral, psicológico y social en ambas realidades? La cara de un niño en un área pobre, próxima a la sede de Midrift, al cual me acerqué, es la misma cara de niños pobres y migrantes en América Latina. Su frase "I´m beg you" fue una bofetada drástica en mi ser. Suenan distintas las palabras, pero la mirada penetrante, agudizada, abandonada de toda dignidad, es igual a la que vemos en los seres humanos excluidos y negados en todos sus derechos, en Guatemala, Centroamérica o cualquier lugar latinoamericano. Lo superficial, lo que se ve o escucha, eso es distinto. Pero lo profundo, lo que habla de autoestima, de sensación interna, de humanidad propiamente dicha, eso es común. Más aún, es universal.

Las diferencias lingüísticas y culturales, las formas de sentir y vivir la realidad, así como la historia son muy diferentes, pero son muy comunes las complejidades. Por tanto, también pueden ser comunes las intenciones, los anhelos y las reivindicaciones. Enfrente tenemos el horizonte, desde el cual vemos llegar el sol. Es el mismo, visto desde lugares diferentes, y buscado mediante caminos muy variados. Pero es el mismo horizonte, el de la dignidad y la plenitud humanas. Saber esto teóricamente es muy fácil. Reconocerlo en la voz, en la cara, en el gesto de amigos y compañeros a 14 mil kilómetros de distancia, ¡eso es otra cosa!

Posiblemente no sea necesario, que en la ida y en la vuelta, tuviéramos escalas que nos hicieron tocar tres continentes, cambiar de hora cuatro veces y estar metidos en un avión más de 20 horas, para

1 Julio Le Masson y Carlos Aldana Mendoza, Director Ejecutivo Regional y Coordinador Regional de Programas de CIPREVICA, respectivamente.

reconocer que los dramas humanos no solo son focales sino que también están globalizados. Pero cuando se tiene de cerca la cara de la negación de la dignidad, o cuando se le pone nombre y cuerpo a un hombre o una mujer que realiza luchas dignas por su pueblo, se comprende, entonces, que no solo vale la pena compartir entre diferentes, sino que es necesario para profundizar la visión global de cómo construir los derechos humanos en nuestro mundo. Para contribuir a ello, pondré en palabras algunos de los aprendizajes más relevantes que este acercamiento y proceso de intercambio sur-sur nos pudo ofrecer.

El sentido de comunidad que trasciende a la propia comunidad

Las y los compañeros de Midrift trabajan en comunidades que sufren de negaciones permanentes de derechos humanos, con la violencia presente en sus distintas formas y expresiones. Pero no abandonan la importancia de un sentido comunitario del trabajo. Están en las comunidades, trabajan con ellas (más que "para" ellas) y eso mantiene vivo el sentido comunitario de la prevención de la violencia. Es así como el sentido trasciende a la propia comunidad: lo comunitario no se reduce o acaba en la comunidad física, sino que se lleva a otras comunidades, pero fundamentalmente, a las instituciones públicas. Éstas también son parte constitutiva de una comunidad, no pueden o deben sentirse ajenas, lejanas o superiores. Claro que este es un aprendizaje que se debe ir construyendo, para el que se van generando condiciones, que tiene su tiempo. Eso, precisamente, es el enorme aporte de Midrift para las comunidades: crear relaciones que profundizan lo comunitario más allá de la gente que vive en la comunidad.

Sobre todo, porque el énfasis y aprendizaje del valor de la comunidad, como eje para toda estrategia o acción institucional, nos remite a un elemento que muy poco reflexionamos: en la vida comunitaria encontramos el sentido para la existencia institucional. ¿Qué es una institución sin comunidad desde la cual conectarse a la vida real? El sentido, la razón de ser, la justificación de cualquier iniciativa organizada, solo puede encontrarse y renovarse en las dinámicas comunitarias, en la recuperación de una vida dentro y para la comunidad. Así, se va más allá de la comunidad, porque se llega al convencimiento de que todo cobra sentido si el actuar es un actuar "en" y "desde" la comunidad. Si allí es donde se ve la negación de la dignidad, allí es donde se inicia su reconstrucción, su afirmación, su práctica real y concreta.

La intersectorialidad de la realidad es intersectorialidad en las soluciones. Es filosofía + estrategia.

Educación, salud, seguridad... Toda realidad social, por lo menos en las estructuras y sistemas de vida humana actuales, está constituida por distintos sectores. Sin embargo, no siempre convergen o actúan desde agendas compartidas y asumidas colectivamente. Incluso, tienden a generarse contradicciones y rupturas que siempre tienen consecuencias dañinas para la población.

Si la realidad está constituida por una diversidad de sectores que tocan, de una u otra manera, la vida de la gente, está claro que las auténticas, profundas y efectivas estrategias o satisfactores de necesidades y derechos, siempre serán intersectoriales. La

complejidad de los procesos sociales nos habla de que, por ejemplo, un problema de seguridad se relaciona con la forma de ver la vida de la gente y tiene consecuencias con la salud, el acceso a ingreso permanente, etcétera. Una carencia económica se refleja en la estabilidad emocional y familiar, así como en deterioros culturales o educativos. Situaciones violentas no pueden ser atribuidas exclusivamente a trastornos mentales de un perpetrador puesto que se requiere siempre la mirada integral, profunda y crítica.

Aprender a interactuar con distintos sectores, pero sobre todo, conectarlos entre sí, pero sobre todo, para colocarlos en un escenario en el que dialogan, discuten y proponen junto a las comunidades, es el aprendizaje de la intersectorialidad que pudimos presenciar en ese pedacito de Kenia. Que un responsable de la policía comparta su número de celular y que a través de un app se puede contar con información que evita situaciones violentas, o que una responsable de policía escuche duras críticas de parte de la comunidad, sin que eso signifique rupturas en la relación, o que ver a un compañero de Midrift dirigir una actividad que es parte de los foros en los cuales comunidad y policía se encuentran. Todo eso ejemplifica la profundidad de los efectos de una visión, unas prácticas y unas estrategias de intersectorialidad que vinculan y regeneran tejido social. “El público es nuestro empleador, no el gobierno”, escuchamos decir a un policía. Llevado a eso a la realidad, ¿no representa unos vínculos que, independientemente de la realidad política, social y cultural de cualquier país, debieran asumirse como necesarios y urgentes para la construcción de la paz?

Ningún sector puede resolver los problemas de la vida comunitaria. Puede ejecutar soluciones específicas, resolver circunstancias puntuales, satisfacer pequeñas partes de las necesidades humanas, pero solo intersectorialmente se puede prevenir la violencia en todas sus formas y niveles. Las soluciones, o son intersectoriales, o no son integrales.

Así, necesitamos llevar a la cotidianidad una pequeña fórmula que escuchamos en Naivasha: la práctica de policía comunitaria es filosofía + estrategia: es una forma de vida que implica una forma de organización. Dicho en otras palabras, creer en el sentido intersectorial pero demostrarlo en la construcción de prácticas que permiten su aplicación, su vivencia. Su aprendizaje íntimo y profundo.

La humanidad no negada a policías

Desde realidades latinoamericanas, es difícil comprender la humanidad de un policía. La historia de represión salvaje, de violación de todos los derechos básicos (principalmente la dignidad del cuerpo, la libertad y la vida), en la que han participado de manera comprobada las estructuras policiales, ha llevado a un presente de ruptura, de desprecio y de desvinculaciones entre comunidades, organizaciones civiles y policía. Así que no es fácil construir vínculos o nexos. Pero es necesario crearlos. Las comunidades, y la sociedad en general, necesitan que eso sea una realidad. Se precisa que las comunidades empiecen a acercarse, a demandar y a auditar a las estructuras policiales, y que, a su vez, esta institución se comprometa con los derechos humanos, la dignidad y la justicia. Para que, solo después de eso, empiece a construir puentes y lazos con las comunidades. Todo eso es necesario que se mueva, que tenga lugar, no importa el tiempo y el esfuerzo que lleve.

Desde Nakuru, Navaisha o Baringo, los compañeros y compañeras de Midrift nos comparten una urgente y necesaria lección: los policías tienen hijos, esposas, madres o abuelas, tienen amigos y amigas, son seres humanos como cualquiera. Este reconocimiento que pareciera innecesario es crucial para romper barreras y edificar puentes. Ver a un hombre o una mujer, vestidos de civil y sin armas, pero que siguen siendo policías, es un mensaje de una función en la que no se niega la humanidad. Ese mensaje lo vimos y vivimos en Kenia y no pareciera que deba ponérsele una etiqueta de nacionalismo o de localismo extremo. Vale para allá o para acá, aunque las historias represivas tampoco deban olvidarse o dejarse de atender.

Actores diversos, valores comunes

La diversidad en la unidad es un anhelo para la humanidad compleja de hoy. Siempre seremos distintos, pero nunca debimos o debiéramos sentirnos o parecer desiguales. En la lucha por construir un mundo justo, digno y sin violencia, siempre habrá diferencia en los métodos, las formas, los conceptos, incluso ciertas aspiraciones. Sin embargo, la variedad es una riqueza, una bendición, no una maldición que afecte nuestros significados o aspiraciones.
Ver a pastores evangélicos, líderes comunitarios, policías, educadores y educadoras, responsables de biblioteca, niños y niñas, trabajadores sociales, comprometidos en esfuerzos intersectoriales para prevenir la violencia, es una pequeña muestra de que es posible actuar desde una agenda que compartimos, aunque en el camino vayamos por senderos diferentes.

Para realidades como la guatemalteca, en la que las divisiones son muy frecuentes y dolorosas entre organizaciones que comparten el horizonte, incluso los mismos principios ideológicos, políticos o teóricos, un trabajo desde agenda compartida y desde diversidad de actores, podría representar el cambio crucial para el actuar de la sociedad civil. Es difícil, pero también lo ha sido en una realidad como la keniana, históricamente de tanta diversidad cultural y lingüística, con violentas situaciones causadas por la manipulación de aspectos tribales, religiosos o políticos, con la pobreza cotidiana establecida muy cerca de donde el turista goza viendo monos, búfalos o hienas.

Siempre seremos diferentes de muchas maneras. Pero no siempre esas diferencias tienen que ser la excusa o el motivo para que abandonemos las luchas compartidas que dan sentido y justifican la existencia de nuestras organizaciones.

Una conclusión necesaria: la fuerza política y ética de la amabilidad y la amistad

La dureza de la vida, la escasez de recursos para trabajar y construir ideas, la negación de la dignidad y los derechos, están instalados en Kenia y en Centroamérica. Constituyen una parte de los distintos rostros de nuestras realidades.

Pero tenemos que agradecer a los compañeros y compañeras de Midrift que nos mostraran esos rostros junto a otros que también son importantes: la amabilidad, la sonrisa, la amistad abierta, la sensación de compañerismo de toda la vida. Estos valores y expresiones maravillosas nos fueron obsequiados no solo dentro de la organización,

sino en las reuniones comunitarias, en las visitas institucionales (incluidas las reuniones en unidades policiales), en la escuela con sus decenas de niños y niñas, profesores, profesoras y padres. En todos esos lugares, aprendimos a reconocer que existe una fuerza política y ética alrededor de la sonrisa: nos mueve para buscar el cambio en el mundo. Nos mueve para reconocer que la dignidad la construimos en todas partes, nos toca lo íntimo para que, desde nuestra más profunda convicción, vayamos al encuentro de otros y otras sin dejarnos arrebatar ni el sentido, ni la esperanza, ni la estrategia.

El discurso bravucón y patriarcal de un líder tradicional, allá, aquí o donde sea, jamás tendrá la fuerza de un compañero que lucha, pero que no permite que le secuestren la alegría. O una compañera que se expresa con firmeza, pero con una sonrisa que habla de una interioridad cargada de fuerza. Esa fuerza que necesitamos globalmente para defender la vida en nuestra casa planetaria.

¡Asante nyote!

Guatemala, diciembre 2018